

Clotario en los dolores de la agonía; ¿qué pensais de ese rey del cielo que así mata á los grandes reyes de la tierra.”¹ “Son los ayes de los huérfanos, decia á su turno Fredegunda al rey su esposo, los que sublevan al cielo contra nosotros, y atraen su cólera sobre nuestros hijos. Son las lágrimas de las viudas las que matan á estos príncipes. Arrojámos al fuego todos esos registros odiosos y renunciemos al designio de aumentar las rentas de nuestro fisco.”²

La influencia del cristianismo no hizo mas que aumentar con el tiempo: la civilizacion moral y aun la material, seguian la misma proporcion. Venecia, hija primogénita de los papas, apenas nace del seno de las aguas, cuando ya tiene un gobierno, leyes y magistrados: ella mantiene tropas, escuadras, y adquiere grandes riquezas por medio de su comercio marítimo. En Inglaterra, reyes como Alfredo el Grande, en Alemania como Enrique Oiseleur, en Francia como Carlo-Magno, iluminado por las luces de la Iglesia, rivalizan en ardor por esparcirlas en los países sujetos á su dominio y se esfuerzan en dotarlos con buenas leyes y sábias instituciones, resucitando al mismo tiempo las ciencias, las letras, las artes, la industria y el comercio.

En este período histórico las iniquidades de la edad antigua hácia la mujer y los hijos desaparecen mas y mas. La caridad por los séres desgraciados se convierte en culto: la esclavitud, tal como la entendian los romanos, subsiste en alguna parte todavía, pero la servidumbre de los germanos, obtiene favor y va suavizándose gradualmente. Se reconocen en los siervos derechos civiles y asimismo el matrimonio, la paternidad legítima, la familia y ciertas atribuciones del derecho de propiedad; las leyes protegen su subsistencia y sus intereses y son admitidos al servicio de las armas: la Iglesia

¹ Baluz., *Capitul.*, tom. I, pág. 25. *Eccardi leges Franc.*, pág. 4; *Hinem.*, Ep. 2, cap. 21.

² Greg, Tur., *Hist.*, lib. 5.

por su parte les abre las puertas de su gerarquía y les permite aspirar á todas sus dignidades.¹

Desgraciadamente la aurora de la civilizacion cristiana occidental estaba oscurecida por el crepúsculo de la civilizacion antigua: las sombras del dia moribundo ofuscaban las claridades del dia naciente: los últimos fulgores del paganismo, en vez de comunicar el calor de la vida, parecian ser el vehículo del frio de la muerte: necesario era que la noche se hiciese mas profunda á fin de que acabase de apagar lo que debia perecer, y que se fecundase por una mas larga incubacion lo que poseia el gérmen de la vida.

Enervados por ciertos principios deletéreos de la educacion romana, los hijos de los bárbaros degeneraban prontamente del vigor de su raza. Los descendientes, y los mismos sucesores de Clovis y Carlo-Magno debilitándose en una atmósfera como infectada, vinieron á ser muy pronto esas fantasmas coronadas que recibieron ó merecieron el título depresivo de *reyes haraganes*. Por su inhabilidad en gobernar sus Estados, por su debilidad en defenderlos, fueron causa de que las guerras civiles, la anarquía feudal y las invasiones de los bárbaros sumiesen á la Europa en tinieblas mas profundas que las que habian estendido los primeros sacudimientos. Mas por dicha de la humanidad estas tinieblas ocultaban en su seno un foco de luz inestinguible que se conservó en la noche de aquellos tiempos como se conserva el fuego bajo la ceniza. ¡Prodigio incomparable! en medio de los desórdenes, de los escándalos, de las injusticias, de la ferocidad, de la tiranía que desolaron el décimo siglo, llamado justamente el *siglo de hierro*, la doctrina evangélica permaneció pura y sin mancilla, y los pueblos, cualesquiera que fuesen su ignorancia y embrutecimiento, se apoyaban, sin embargo, sobre principios de moral perfectos y ciertos, sobre los cuales los griegos y los romanos, en el apogeo de su ilustracion y de su poder,

¹ Véase á M. Troplong, *Comentar. de la socied.*, pág. 38.—*Hist. de la monarqu. franc.*, del abate Dubos.

no habian cesado de disputar sin poder entenderse. ¿Cómo no reconocer aquí el inmenso beneficio providencial de esa autoridad indefectible, establecida por Jesucristo, que, colocada en una region inaccesible á las revoluciones humanas, no pierde jamas su esplendor inmortal, y que cuando la tempestad se ha calmado, cuando las nubes se han disipado, derrama á torrentes su luz, resucita á las sociedades de en medio de sus ruinas y las vivifica con una savia nueva, mas abundante y mas fecunda.

El siglo décimo no tocaba todavía á su término, y ya la Europa, despejada al fin de las exhalaciones perniciosas del paganismo, se sentia agitada con el soplo de la resurreccion. Ella se reanima, se fortifica, y marchando desde entonces con un paso firme y seguro, avanza con rapidez de progreso en progreso. Cada siglo, hasta el décimosexto, se despoja gradualmente de las envolturas de la infancia y deja aparecer las formas de una adolescencia vigorosa.

La *tregua de Dios*, la *tregua del rey*, el *pacto de paz*, permiten desde luego respirar á los pueblos y descansar un momento de la turbacion de las guerras continuas. Las alianzas de las ciudades, la intervencion de los reyes, la vigilancia de la Iglesia restablecen el órden público, en tanto que el ardor de los ejércitos cruzados, el esfuerzo de los caballeros cristianos va á hacer retroceder hácia su origen el torrente devastador de los discípulos del profeta. Mírase renacer el comercio y la industria, la instruccion se difunde poco á poco; las costumbres se suavizan; la aspereza y altivez guerreras se modifican por el sentimiento del honor y por la dulzura cristiana. “Sed leal en obras y en palabras, se recomendaba al paladin al tiempo de armarlo caballero; guardad vuestra palabra, sed compasivo con los pobres y los huérfanos y Dios os galardonará.”

Comprendiendo que es un deber sagrado el asegurar buena y franca justicia á sus súbditos, los reyes se muestran diligentes en prevenir los abusos de la justicia señorial. Felipe

Augusto estableció cuatro grandes bailíos que tenian sus juntas todos los tres meses, como los *Missi Dominici*. San Luis da sus *Establecimientos* célebres, crea un parlamento abundante, é instituye el ministerio público. Felipe el Bueno publica sus *reglamentos* y fija el parlamento en Paris. Desde entonces la justicia real no cesa de engrandecerse y la jurisdiccion feudal de declinar en proporcion.

Ved ahora qué sentimientos admirables la religion cristiana inspira á los soberanos; sentimientos que ellos trasmiten de generacion en generacion como la porcion mas preciosa de su herencia. Luis el Grueso exhorta á su hijo á recordar frecuentemente que el poder real, no es mas que un cargo público del que se debe dar una estrecha y rigurosa cuenta á Aquel que únicamente dispone de los cetros y coronas; y San Luis recomienda al suyo, sobre todas las cosas, el amar á Dios y tener el corazon dulce y piadoso para los pobres, conducir á sus pueblos en paz y rectitud, y mantener sus franquicias y libertades! “Hijo mio, decia Felipe VI de Valois, Dios no permite que el reinado de la iniquidad sea duradero; mantened la justicia y consolad á los pueblos.” Y Juan, denominado el Bueno, que era este hijo, repetia frecuentemente que si la justicia y la buena fé estuvieran desterradas del resto del mundo, deberian encontrarse en la boca y en el corazon de los reyes. El mismo Luis XI escribia en el *Rosal de las guerras*, que es cosa mas grande para un rey el saber enseñeñarse de su voluntad que el dominar el mundo de Oriente á Occidente: que un rey gobernando en derecho y en justicia es rey de su pueblo; que si no mira á la ley en lo que hace, convierte en siervos á sus súbditos y pierde el nombre de rey. “Cárlos VIII, refiere Comines, tenia siempre en su pensamiento el deseo de vivir segun los mandamientos de la ley de Dios, y mantener la justicia en buen órden. Él daba audiencia pública, donde escuchaba á todo el mundo, y especialmente á los pobres.”

Estos bellos rasgos de inspiracion cristiana que se encuen-

tran á menudo en la vida de nuestros reyes, y que hacian decir á Muller que si las armas fundaron el imperio de los francos, fué la virtud la que afirmó el trono de los reyes de Francia, partian de un fondo de ideas comun entonces á casi todos los pueblos de Europa, cuyas costumbres públicas no podian menos de resentir su influencia. Así, pues, durante este lapso de siglos tan fecundos en grandes acontecimientos é importantes resultados, la sociedad acaba de modelarse por los principios evangélicos. El divorcio, la poligamia, el concubinato desaparecen del todo: el matrimonio es considerado como un estado santo, y las mujeres que reciben su dignidad, son las compañeras de los esposos y las reinas en todas partes. No solamente no sancionan ya las leyes el poder bárbaro que los padres se atribuian sobre sus hijos, sino que rodean á estos tiernos séres con su solicitud maternal y protegen en ellos el derecho sagrado de la humanidad. La esclavitud romana queda abolida absolutamente: la servidumbre se minora y se transforma visiblemente en derecho de vecindad. Las exenciones individuales, que habian sido demasiado lentas, hacen lugar á las exenciones colectivas y generales. Se ve al emperador Enrique V conceder la libertad á todos los artesanos de las ciudades; al duque de Brabante, Enrique II, abolir el derecho de mano muerta en favor de los labradores; el capítulo de Orleans, manumitir á todos los siervos de su dominio. Luis el Hutin sigue estos nobles ejemplos, y en un estilo, cuya sencillez hace contraste con la elevacion del pensamiento, motiva su conducta en que, segun el derecho de la naturaleza, cada uno debe nacer franco. Por todas partes, desde el tiempo de Luis el Grueso, las comunas se organizan y se unen entre sí para defenderse. Ellas obtienen *cartas* en Francia y en Iglaterra y *fueros* en España. Bajo los emperadores suavos, en la Lombardia y en la Toscana, se constituyen en repúblicas: la Alemania ve nacer la liga anseática y las ciudades imperiales, y en tanto que los comunes de Flandes preparaban en sus planes las repúblicas industriales de

las Artavellas, la república agrícola y guerrera de Guillermo Tell se formaba en las montañas de la Suiza. Los pueblos modernos son al fin pueblos libres.

No vayamos á creer, sin embargo, que el legislador cristiano despues de haber dotado á las masas de libertad, las habia abandonado á sí mismas, sin guía y sin auxilios en los peligros de esta nueva posicion, no; él rodeó la cuna de la libertad naciente de una constante solicitud; la proteccion de la debilidad y de la inesperienza fué una de sus preocupaciones mas queridas. Dejemos á M. L. Blanc, cuyo testimonio no puede ser sospechoso, trasarnos este cuadro interesante. "En esa Edad Media, dice, las costumbres, los hábitos, las instituciones, todo estaba coloreado con una misma tinta; y en esa manera de prácticas sencillas ó estravagantes habia, sin embargo, una significacion profunda. La divisa de los seis gremios de mercaderes de Paris tenia por alma estas palabras: *Vincit concordia fratrum*. La fraternidad fué, pues, en el origen, el sentimiento que presidió á la formacion de las comunidades de mercaderes y artesanos, constituidas ordenadamente en tiempo de San Luis. Una pasion que no existe hoy en las costumbres ni en las cosas públicas acercaba entonces las condiciones y los hombres, ¡la caridad! La Iglesia era el centro de todo. En derredor de ella y á su sombra se asentaba la infancia de las industrias. Ella designaba la hora del trabajo y daba la señal del reposo. Cuando la campana de Nuestra Señora ó de San Mery habia tocado el *Angelus*, los obreros y artesanos dejaban su tarea y la cité, entregada desde temprano al descanso, esperaba al dia siguiente que el martillo del reloj de la abadía cercana, anunciase el principio de los trabajos del nuevo dia. El legislador cristiano recomienda la probidad á los medidores y prohíbe al tabernero alzar el precio del vino fuerte que es la bebida del pueblo bajo; quiere que los géneros se espongan en pleno mercado y que sean buenos y legítimos; y á fin de que el pobre pueda tener su parte al mejor precio, los mercaderes no tendrán

sino despues de todos los habitantes de la cité, el permiso de comprar víveres. De este modo habia penetrado el espíritu de caridad en el fondo de esta sociedad sencilla que veia San Luis venir á sentarse al lado de Estéban Boileau, cuando el preboste de los mercaderes administraba la justicia. Sin duda entonces no se conocia este ardor febril de ganancia, que algunas veces obra prodigios, ni la industria tenia este brillo, este poder que hoy deslumbran; pero al menos la vida del trabajador no se veia turbada por amargos celos, por la necesidad de odiar á su semejante; por el implacable deseo de arruinarlo aventajándole. En el lóbrego y ya viejo Paris del siglo trece, las clases de obreros formaban otros tantos grupos, y debido al espíritu de asociacion la cercanía despertaba una rivalidad noble. El ejemplo de obreros activos y de artífices hábiles engendraba el estímulo del punto de honor. Los artesanos se formaban asimismo una especie de concurrencia fraternal. Añádase á esto que el interes público, no se habia perdido de vista, porque no era sino con el fin de llevar los trabajos del arte y de la industria á su mas alto grado de perfeccion, con el que se habia confiado á los obreros antiguos y experimentados la direccion de los novicios.”¹

Si causa ternura el recuerdo de esa paternal proteccion con que una legislacion, hija del Evangelio, rodeó los primeros esfuerzos del pueblo en el ejercicio de su libertad, ¿cuánto más viva no debe ser la emocion que se experimente al espectáculo de las obras de esa tierna caridad por los pobres, por los enfermos, por los desgraciados de todo género, que se habia despertado en las almas? “Muratori tiene razon, esclama Hurter, cuando hablando de los tiempos en que él vivia, dice: Admitiendo que nuestro siglo aventaje en la piedad y en las buenas obras á los siglos de hierro de la Edad Media, no puede sostener con ellos la comparacion en cuanto á liberalidad con los pobres. Las palabras del Señor, que dice, lo que hagais á este respecto con uno de los mas ínfimos de mis her-

¹ Hist. de la revol., tom. I, pág. 478.

manos lo habréis hecho conmigo, eran mejor comprendidas entonces, y puestas en práctica por medios, cuyos efectos todavía hoy experimentamos, no obstante los inauditos escesos por los cuales un espíritu de irreligion se ha esforzado en destruir esta inmensa herencia cristiana. Desde los tiempos mas remotos vemos las miserias de toda especie, consoladas, dulcificadas y aliviadas tanto cuanto lo permitian la buena voluntad y los recursos humanos.”¹

Jamás, en efecto, habian visto los siglos, erigirse tantas fundaciones piadosas y caritativas. Toda la Europa estaba cubierta de hospitales para los enfermos, de asilos para los ancianos, las viudas y los huérfanos, de hospicios para los espósitos, de casas de refugio para las mujeres perdidas y de establecimientos destinados al socorro de los viajeros. Los seglares dotaban y mantenian esas casas santas con una generosa munificencia, y una multitud de religiosos y religiosas, llenos de sublime abnegacion, se consagraban enteramente al alivio y al consuelo de todas las miserias, y de todos los sufrimientos.

Debe decirse, sin embargo, y no tememos confesarlo porque es un homenaje de más que se tributa al dichoso imperio de la religion, cuando ella se ha practicado y ejercido en las mas tristes épocas y sobre las mas groseras naturalezas; la Edad Media está muy lejos de presentar en todas sus faces el cuadro perfecto de belleza cristiana que acaba de ofrecerse á nuestros ojos; por desgracia se descubren en él tristes y notables contrastes: así el crimen como la virtud toman un carácter de poderosa energía. Aquí florecen la obediencia, la abnegacion, el sacrificio, la piedad, la justicia, la castidad; allí se ostenta sin embozo, el orgullo, la perfidia, la avaricia, la crueldad, la injusticia, la impiedad, el fraude, la lujuria brutal. ¿Quién no adivinará la causa? Por una parte se percibe lo que puede llegar á ser el hombre regenerado por el espíritu evangélico; por la otra lo que él es por sí, y todo el veneno que Satanás ha depositado en el fondo de su naturaleza.

¹ Cuadro de las instituciones de la Edad Media, tom. II, pág. 492.